

HISTORIA DE MÉXICO.

CAPITULO I.

Desde los tiempos primitivos hasta el advenimiento del príncipe Nezahualcoyotl al trono de Acolhuacan.

ORÍGEN DE LOS HABITANTES DE ANÁHUAC. *Los toltecas: fundacion de su monarquía. Los chichimecas: Tolohtl, primer rey. Nopaltzin, segundo rey chichimeca. Tlotzin, tercer rey chichimeca. Quinalzin, cuarto rey chichimeca. Origen y vicisitudes de los aztecas: fundacion de México. Techotlalla, quinto rey chichimeca de Acolhuacan: division de la familia azteca: sacrificio inhumano. Principio de la monarquía mexicana: Acamapichtcin, primer rey. Quaquaupitzahuac, primer rey de Tlatelolco: los tepanecas imponen nuevos tributos á los mexicanos. Socorros prestados por los mexicanos al rey de Acolhuacan. Huitzilihuitl, segundo rey de México. Venganza de Maxilaton, señor de Coyoacan, contra los mexicanos. Tlacaoteotl, segundo rey de Tlatelolco. Ixtlilxochitl, sexto rey chichimeca de Acolhuacan: rebelion de Tezozomoc. Muerte de Huitzilihuitl. Quimalpopoca, tercer rey de México. Asesinato de Ixtlilxochitl. Tezozomoc, primer tirano de Acolhuacan. Maxtlaton, segundo tirano de Acolhuacan. Prision y muerte de Quimalpopoca: Izoatl, cuarto rey de México. Alianza de Nezahualcoyotl con el rey de México: rebelion contra el tirano. Batallas de México: saco de Atzacapuzalco: muerte del tirano Maxtlaton: sumision de los tepanecas.*

ORÍGEN de los habitantes de Anáhuac. En vano los historiadores antiguos y modernos han procurado investigar la cuna de los pueblos americanos, principalmente de aquellas tribus valientes é ilustradas que emigraron del norte para poblar sucesivamente el ter-

ritorio de México. Los autores que han estudiado las pinturas de los antiguos indígenas, consideran su arribo á la América septentrional á poco tiempo de la destruccion de la torre de Babel; pero hay otros que reflexionando sobre la existencia de los gigantes en esta parte del mundo, como lo ha demostrado el descubrimiento de varios esqueletos de aquella especie, pretenden colocar su poblacion en una época anterior al diluvio universal. Pero aun no ha podido saberse á qué familia del antiguo mundo deba atribuirse el origen de estos pueblos; pues aunque algunos han creído hallar ciertas analogías entre ellos y los egipcios, la historia no puede conformarse en afirmar como un hecho verdico lo que únicamente está fundado en conjeturas. El doctor Sigüenza, cuya opinion es respetada por los mejores historiadores, los cree descendientes de Nephtnim, nieto de Cham, afirmando que los hijos de aquel salieron de Egipto para América al poco tiempo de la confusion de las lenguas; mas los ingeniosos argumentos que forma para sostener su opinion, fundados en la semejanza de usos y costumbres entre ambos pueblos, no dan por resultado la verdad que debe buscar el historiador; porque si es cierto que hay alguna analogía entre sus pirámides, geroglíficos, trages y otros usos, tambien es cierto que otros escritores han creído encontrar las mismas analogías con los habitantes de otras naciones antiguas. Nada importa que el oscuro velo del tiempo nos oculte la procedencia de los americanos con relacion á determinada familia; porque si las naciones del antiguo mundo carecen todavia de datos seguros sobre sus primitivas épocas, es disculpable que tampoco los tenga un pueblo que vivió mucho tiempo sin ser conocido, y cuyas tradiciones han escapado en su mayor parte á las investigaciones del historiador. Las pocas que han llegado hasta nosotros, como tambien los principios religiosos que debemos al cristianismo, nos manifiestan evidentemente que la familia americana, descendiente del padre comun de los hombres, debió pasar del antiguo continente á las playas del nuevo mundo, donde fué multiplicándose y á su vez dividiéndose en pueblos y naciones.

Hay dos hechos que pueden asegurarse de una manera positiva; porque con ellos están de acuerdo las tradiciones y costumbres de los antiguos indígenas. 1.º Que el arribo de los americanos al nuevo continente debe colocarse en una época posterior á la confusion de las lenguas; y 2.º Que aunque los americanos proceden de alguno ó algunos pueblos de la parte oriental del Asia, ninguno de ellos existe actualmente en las vastas regiones del antiguo mundo. En las tradiciones de los antiguos habitantes de México y Michoacán, segun la relacion de un gran número de historiadores, se marcaba el perfecto conocimiento de Noé con los nombres de Coxcox y Tezpi. El diluvio y la confusion de las lenguas aparecen en la mayor parte de las pinturas de los antiguos habitantes del valle; pues los aztecas nos representan á Coxcox en los momentos de vagar sobre las

agnas con su familia, animales y plantas; y cuando las aguas se retiraban de la superficie de la tierra, soltó un pájaro que no volvió, despues otro y otros que hicieron lo mismo, hasta que por último el Chupa-mirtos le trajo una rama verde en su pico. La confusion de las lenguas es representada por una paloma sostenida sobre un árbol, desde donde da á los hombres un lenguaje para cada uno. Todo esto debe darnos á conocer que estos pueblos han derivado de algunas tribus del antiguo mundo; pues es probable que las que habitaban en los países mas orientales del Asia, bien por contrarios sucesos de la guerra, ó bien por el deseo de mejorar de condicion en distinto territorio, hubieran emprendido pasar á la parte mas occidental de la América por un istmo, que algunos creen estuviese situado donde se encuentra hoy el estrecho de Aniam; y este istmo, destruido despues por algun violento terremoto, les facilitó el camino para llegar en breve tiempo á las regiones de la América septentrional, alejándose para siempre de los lugares que sirvieron de cuna á la descendencia humana, hasta que el admirable arte de la navegacion puso por primera vez en contacto á los habitantes del antiguo y nuevo mundo.

Los toltecas: fundacion de su monarquía (667).—La mayor parte de los historiadores convienen en la trasmigracion de las naciones del norte al hermoso país de Anáhuac. Mas no se sabe como cosa cierta quiénes fueron las primeras que se atrevieron á peregrinar, porque los toltecas, cuya civilizacion ha dejado monumentos superiores á la destruccion del tiempo, no deben colocarse en el número de los primitivos pobladores de aquel país. Los historiadores citan entre las tribus mas antiguas que habitaron el valle de México y sus inmediaciones, á los olmeques ó hulmecas, los jicaltecas, los cores, los tepanecos, los tarascos, los mistecas, los tzapotecas y los otomíes; pero en cuanto á las tradiciones que conservaban los aztecas, nada se dice sobre ese periodo anterior á la emigracion de los toltecas. Las tribus de esta raza, cuya comarca se nombraba Huehuetlapallan, pueblo perteneciente al reino de Tollan, situado al nordeste de Nuevo-México, comenzaron su emigracion desde el año 544 de nuestra era, y despues de haber errado ciento cuatro por desiertos territorios, gobernados sucesivamente por siete principales señores, se establecieron en un lugar que nombraron Tulanzitgo, distante cincuenta millas de la laguna de Tezcoco; pero apenas estuvieron veinte años establecidos en dicho pueblo, cuando el deseo de encontrar otra residencia de su completo agrado, les hizo volver á marchar y fundaron hácia el poniente la ciudad de Tula, que fué la metrópoli de su rica y celebrada nacion. Su monarquía principiò el año 667 de la era cristiana.

Los toltecas se distinguieron por su ilustracion en las ciencias y las artes, aunque algunos creen que ellos no hicieron otra cosa que apropiarse de una civilizacion anterior á su establecimiento, la cual

ha dejado profundas huellas en las ruinas de Mitla y de Palenque, y que se atribuye á los primitivos habitantes de Guatemala, ó á la raza mistec-zapoteca, ó la mayaquiza. La regularizada sociedad tolteca sirvió de ejemplo á las demas naciones que le sucedieron; ellos tenian unas leyes muy superiores á los ensayos de los príncipes pueblos; hacian del oro y la plata variadas y caprichosas figuras; pulian con bastante perfeccion las piedras preciosas, y habian adquirido conocimientos poco comunes en las ciencias astronómicas. El caballero Boturini dice que este pueblo, cuyos recuerdos históricos han desaparecido en manos de la ignorancia y fanatismo, tuvo claras nociones del diluvio universal, la fábrica de la torre de Babel y la dispersion de las gentes en el antiguo mundo. Además de esto, la tradicion les atribuye el cultivo del maiz y algodón, como tambien el arte de remover piedras de inmensa magnitud, y esculpir sobre ellas caracteres simbólicos; tampoco ignoraban el arte de abrir caminos y edificar ciudades.

Su religion era la de los pueblos idólatras; y aunque la mitología mexicana, que se eusangrentó en los últimos tiempos con horrosos sacrificios humanos, les debió la invencion de la mayor parte de los dioses, conseqnente ellos al espíritu pacífico é ilustrado que los dominaba, mancharon muy pocas veces sus profanos altares con la humeante sangre de hombres sacrificados. A mas de un año solar muy semejante al que tuvieron los romanos despues de la ordenacion Juliana, el cual heredaron los otros habitantes que vinieron sucesivamente á ocupar el Anáhuac; todavia son testigos de la civilizacion tolteca la alta pirámide de Cholula, fabricada en honor de Quetzalcoatl (dios de las aguas); las de Papantla de Jochicalá, y las de San Juan de Teotihuacan que dedicaron al sol y á la luna.

Esta monarquía duró trescientos ochenta y cuatro años en medio de una envidiable paz. Cada soberano debía reinar un siglo compuesto de cincuenta y dos años; y si tenía la desgracia de morir antes de llegar á este término, como sucedió á la reina Jiutzaltzin, un consejo de nobles regia las riendas del gobierno hasta concluir aquellos. Por el contrario, si la vida del monarca se prolongaba hasta mas allá de los cincuenta y dos años, tenia que renunciar el mando y se le nombraba un sucesor. Segun el abate Clavigero, los reyes toltecas ocuparon el trono por el siguiente orden: 1.º Chalchiutlanetzin, 667; 2.º Ythilcuechahuac, 719; 3.º Huetzin, 771; 4.º Totepeuh, 893; 5.º Nacajoc, 875; 6.º Mitl, 927; 7.º Jiutzaltzin (reina), 579; y 8.º Topiltzin, 1031.

A principios del reinado de este último monarca, cuando la nacion se habia multiplicado en muchos pueblos y ciudades, una horrorosa seca negó á sus campos las mejores producciones; de suerte que en presencia de tan triste como contagiosa calamidad, fueron víctimas la mayor parte de los habitantes. El mismo Topiltzin murió en 1052, á consecuencia de la peste que produjo el aire corrompido con

las exalaciones de la tierra. Los miserables restos de esta célebre nacion, harto afligidos para permanecer en ella, se dirigieron unos á Guatemala, otros á Campeche, y muy pocos quedaron esparcidos en el país de Anáhuac, que estuvo casi enteramente desierto durante ciento diez y nueve años. Desde entonces desapareció como nacional el nombre tolteca.

Los chichimecas: Jolotl, primer rey. (1170).—Otra nacion originaria de los países septentrionales, vino despues de este tiempo á poblar el templado suelo del mediodia. Los chichimecas, cuyo origen tambien se ignora, disgustados de vivir en su patria conocida con el nombre de Amaquemecan, en donde la autoridad real se habia dividido entre los hijos de su último monarca, al sentir los malos efectos de esta division de gobierno, determinaron establecerse bajo un clima mas suave y en tierras mas fértiles que las suyas. Jolotl, el mas jóven de sus príncipes, queriendo fundar su monarquía con entera independencia de la de su hermano, encendió en el corazon de su pueblo el espíritu de la emigracion. En consecuencia, puesto al frente de numerosa tribu de guerreros, á quienes acompañaban sus mugeres é hijos, salió de Amaquemecan con direccion al mediodia: encontró en su tránsito las arruinadas poblaciones de los toltecas, admirando sobre todo la gran ciudad de Tula, que divisó al año y medio de su atrevida peregrinacion; pasó en seguida á Zempoala y Tepepolco, donde creyó conveniente detenerse por algunos dias; y desde allí dió orden á su hijo Nopaltzin para que hiciese un reconocimiento del país.

Este príncipe, á la cabeza de unos cuantos guerreros, costeó las lagunas y altas montañas del valle de México; y luego que hubo observado la hermosura de este estenso territorio, no desistió arrojar desde una altura cuatro flechas hácia los cuatro vientos cardinales, para hacer valer de tal modo la posesion que tomaba de dicho valle en nombre de su padre. Poco tiempo despues se estableció Jolotl en Tenayuca, situada al norte de México, y distribuyó sus vasallos en la extension de veinte leguas, fundando además muchas villas y ciudades.

Los chichimecas, que en breve formaron alianza y se mezclaron con las familias toltecas, esparcidas en algunos lugares del valle, aprendieron de ellas el cultivo de la agricultura y adquirieron útiles conocimientos en las artes; porque este pueblo, aunque algo civilizado respecto á la forma de su gobierno, que sabia hacer distinciones del mérito y nacimiento, no tenia nociones todavia del cultivo de la tierra, aunque vivió congregado desde un principio en miserables cabañas: su único ejercicio era la caza. El culto del Sol, á quien ofrecian yerbas y flores, formaba la religion de sus antepasados. En cuanto á sus costumbres, no se notaba en ellas la barbarie que distingue á los pueblos errantes y cazadores.

La alianza de esta nacion con las familias toltecas, además de los

matrimonios que contrajeron algunos nobles, se consolidó con el que tuvo á bien celebrar el príncipe Nopaltzin, sucesor á la corona, con la doncella Azcajochitl, descendiente de uno de los príncipes que sobrevivió á la ruina de su nacionalidad.

Los historiadores suponen que Jolotl, no queriendo disfrutar á solas de las delicias de su nueva patria, dió noticia de sus ventajas materiales á los habitantes de Amaquemecan; y que esta noticia, difundida en los países circunvecinos, promovió en breve el espíritu de la emigracion entre sus habitantes. Apenas habian pasado ocho años del establecimiento de los chichimecas, cuando aparecieron en Tenayuca seis personajes con séquito numeroso de vasallos, los que procedian, segun se cree, del mismo país de donde salieron despues los mexicanos. Habiéndolos recibido Jolotl con muestras del mayor regocijo, les señaló tierras en que pudieran vivir congregados.

A fines del siglo XII, cuando la corte del rey chichimeca se hallaba temporalmente establecida en la ciudad de Tezcoco, cuyo lugar ofrecia gran ventaja por su situacion, llegaron á ella con grueso ejército tres magnates de la nacion Acolhua, país muy distante del reino de Amaquemecan. Los príncipes extranjeros, que se llamaban Acolhuatzin, Chiconquauhtli y Tzontecomatl, despues de haber hecho al rey algunas ceremonias á su usanza, que consistian en inclinarse y tocar con la mano el suelo, le manifestaron cuál era su origen, la intencion que tenian de establecerse bajo el hermoso cielo del mediodia, y su deseo de querer vivir dependientes de la autoridad de tan humano como benéfico monarca. Jolotl, prendado en alto grado de la cortesania de sus nuevos huéspedes, mandó darles alojamiento cual correspondia á su noble descendencia; é informado despues de su índole como tambien de la disposicion de sus vasallos en admitirlos, no sólo concedió á los *acolhuis* estados en su reino, sino que casó á los príncipes Acolhuatzin y Chiconquauhtli con dos de sus hijas; y al tercero con una doncella noble de Chalco, que descendia de uno de los enlaces establecidos entre la nacion tolteca y la dominante.

Las bodas se celebraron con mucha esplendidez: las fiestas públicas duraron sesenta dias, en los cuales ostentaron su genial habilidad los chichimecas en la lucha, carrera y combate de fieras. El pueblo, á ejemplo de sus príncipes, se unió en matrimonio con las mugeres extranjeras; de suerte que las dos naciones, formando con el tiempo una sola familia, tomaron el nombre de Acolhua por ser el mas noble, y el reino se llamó de Acolhuacan. Sin embargo, algunas tribus cazadoras, pertenecientes á la nacion chichimeca, que se establecieron en los montes del norte de México, habiendo formado alianza con los otomíes, conservaron su nombre genealógico hasta mucho despues de la conquista por los españoles. Esta fraccion segregada no olvidó nunca sus primitivas costumbres.

Jolotl dividió los estados de su reino entre sus yernos y otros no-

bles: á Acolhuatzin, casado con su hija mayor, dió el gobierno del estado de Atzacapuzalco; á Chiconquauhtli, el de Jaltocan; y á Tzontecomatl, el de Coatlichan. La fusion de estas dos naciones produjo en breve el aumento de las poblaciones y cultura de los pueblos; pero el espíritu de rebelion, que comenzó á dominar el inquieto corazón de algunos nobles, como ha sucedido en todos los países feudales, hizo necesaria la adopcion de medidas severas para reprimirlo en su mismo origen: medidas que repugnaron sobremanera á los humanos sentimientos del monarca chichimeca, que en la mayor parte de su reinado habia adoptado un sistema blando para el gobierno de sus vasallos.

El rigoroso castigo de algunos nobles, lejos de producir saludable ejemplo, los precipitó hasta el punto de haber intentado, aunque sin efecto alguno, anegar los jardines del rey cuando éste durmiese descuidadamente en ellos, como acostumbraba hacerlo despues de las penosas tareas del gobierno. Habiendo Jolotl sabido á tiempo la conspiracion, si pudo librarse con maña de sus tristes consecuencias, no así de la fuerte impresion que hizo en su anciano espíritu la ingratitud de su pueblo; pues dentro de poco falleció en la ciudad de Tenayuca, cuando se hallaba resuelto á descargar sobre los conjurados la espada de la ley. Nopaltzin y su yerno Acolhuatzin oyeron de la moribunda voz del monarca saludables consejos sobre el sistema que ambos debian adoptar para el buen gobierno de sus pueblos, recomendándoles sobre todo la fraternidad y armonía que debian observar entre sí.

Este monarca, que reinó por espacio de cuarenta años, se distinguió tanto por su prudencia como por su valor; aunque la excesiva benignidad para con sus nobles y pueblo, sirvió alguna vez de obstáculo al respeto de que debe rodearse la autoridad del trono. Su cadáver fué adornado, además de las insignias reales, con varias figurillas de oro y plata; lo sentaron en una rica silla de goma de copal; lo tuvieron cinco dias expuesto á la curiosidad y sentimiento del pueblo; y últimamente, cuando se hallaban reunidos en la corte todos los personajes del reino, fué quemado públicamente el real cadáver; cuyas cenizas, depositadas en una urna de piedra, permanecieron durante cuarenta dias en una sala del Palacio. Conducidas y colocadas despues en una gruta que estaba situada cerca de la ciudad, en medio de un séquito numeroso del pueblo, todo se preparó al siguiente dia para celebrar el nuevo reinado.

Nopaltzin, segundo rey chichimeca (1210).—La exaltacion de este monarca se celebró con otros cuarenta dias de fiestas públicas. Despues que hubo tranquilizado el espíritu de inquietud que turbó el último periodo del gobierno de su padre, dividió entre sus hijos algunos estados del reino: á Tlotzin, que era el primogénito, concedió el gobierno de la ciudad de Tezcoco, para que fuera insensiblemente aprendiendo el modo de regir á los pueblos con prudencia y

sabiduría; y á los otros dos confirió autoridad en los estados de Zacatlan y Tenamitic.

Hubo poco despues algunas guerras entre los feudatarios de la corona: el príncipe Acolhuatzin con permiso del rey se apoderó á viva fuerza del estado de Tepozotlan, á pesar de la desesperada resistencia que hizo su señor Chalehuicua, y lo agregó al suyo de Atzacapuzalco. Tambien Huetzin, hijo del príncipe acolhua Tzontecomatl y señor de Coatlichan, con motivo de una rivalidad amorosa venció en batalla campal á Jacazozotl, y se apoderó de su estado con la aprobacion del monarca.

Habiéndose rebelado en seguida el señor de la provincia de Tulancingo con frívolos pretextos, Nopaltzin salió contra él con numeroso ejército, y despues de haber tenido diez y nueve dias de dudoso combate, refrenó al fin su audacia por medio de una completa victoria, castigando con el último suplicio á los principales motores de la insurreccion. Otros quisieron seguir el mismo ejemplo; pero la actividad del monarca los redujo en breve á la obediencia. El príncipe de Acolhuatzin, señor de Atzacapuzalco, á quien sucedió su hijo Tezozomoc, dejó de existir cuando se hallaba tranquilo el reino. Al poco tiempo murió Nopaltzin á los treinta y dos años de reinado y como noventa de edad. Este monarca se hizo digno del buen nombre de su padre, aunque alcanzó una época muy llena de turbulencias.

Tlotzin, tercer rey chichimeca. (1242). De este príncipe, que sucedió á Nopaltzin en el gobierno del reino, casi nada nos refiere la historia. Solo se sabe que su dulce y benigno carácter creó innumerables simpatías en el corazón de sus vasallos; y que sin embargo de su genio é inclinaciones pacíficas, no descuidó la instruccion de sus súbditos en el arte de la guerra. Murió en Tenayuca á los treinta y seis años de reinado. Sus cenizas, depositadas en una urna de piedra preciosa, estuvieron cuarenta dias á la espectacion pública debajo de un pabellon.

Quinatzin, cuarto rey chichimeca. (1278). Este príncipe que como hijo primogénito debia suceder á Tlotzin en el gobierno del estado, celebró su exaltacion al trono en la ciudad de Tezcoco, que desde entonces hasta la invasion española sirvió de residencia á los reyes de Acolhuacan, con mayor aparato que sus antecesores. En su tránsito de la antigua á la nueva corte, se hizo conducir en magnífica litera descubierta, que llevaban en hombros cuatro señores principales. Esta litera, la primera que se habia conocido en el país, pues todos acostumbraban andar á pié, despertó en los señores y magnates el deseo de ostentar de tal modo su orgullo y vanidad, cuyas consecuencias han sido siempre perjudiciales á los pueblos.

Aunque en los primeros años de su gobierno se disfrutó de suma tranquilidad, no así en los sucesivos en que la guerra civil penetró en el corazón del reino. Tuvo que sujetar á fuerza de armas los

estados de Meztitlan, Tototepec, Tetepulco, Huehuetoca, Totolapa, Mizquic, y otras cuatro ciudades rebeldes. El rey marchó en persona contra algunos de estos estados, enviando contra los demás á sus mejores generales.

Origen y vicisitudes de los aztecas: fundacion de México. (1325). Antes de pasar adelante, no haciendo caso de muchas naciones que fueron poblando sucesivamente el extenso territorio de Anáhuac, de las cuales nos ocuparemos á su tiempo, vamos á referir la historia de un pueblo que, de miserable y cautivo, se constituyó con el tiempo en señor del imperio mas poderoso de la América Septentrional. Los aztecas ó mexicanos vivieron hasta el año de 1160 en el reino de Aztlan, que se cree haber estado situado al norte del seno de Californias, distante de la ciudad de México como novecientas leguas. Este año, movidos los aztecas por las persuasiones de un personage muy sabio entre ellos, abandonaron su pais en compañía de otras seis tribus (1). Despues de haber pasado felizmente el rio Colorado, creyeron conveniente dirigirse hácia el sudeste y se encontraron con el rio Gila, en cuyas márgenes se detuvieron algunos años; pues no ha mucho se veian las ruinas de los grandes edificios que fabricaron. Continuando su camino en la misma direccion, al llegar á los veintinueve grados de latitud, hicieron alto en un lugar que distará mas de ochenta leguas de Chihuahua, hácia el noroeste. Este lugar, que es conocido hoy con el nombre de Casas Grandes, por un vasto edificio que existe ó existia en él, ha ofrecido á los curiosos muchos vestigios del tránsito de este pueblo; pues se han encontrado debajo de tierra algunos platos, ollas, vasos, y espejos de *itztli*, segun nos refiere el historiador Clavigero.

Despues de haber atravesado la escarpada sierra de Taraumara, llegaron camino del mediodia á lo que es hoy Culiacan, lugar situado sobre el seno de Californias, donde se detuvieron tres años. Entonces erijieron una estatua de madera como imágen de Huitzilopochtli, númen fabuloso que mandaba y publicaba las guerras en la nacion azteca; y para que los protegiese en su larga peregrinacion, le fabricaron una silla de juncos y cañas, sobre la cual, despues de haber elegido algunos sacerdotes que de cuatro en cuatro se auxiliasen, fué viajando continuamente cargado sobre sus hombros.

De Culiacan, tomando la direccion hácia el Oriente, llegaron al cabo de muchos dias á Chicomoztoc, cuya situacion no ha podido averiguarse con certidumbre; aunque algunos creen que se hallase distante siete leguas de la ciudad de Zacatecas, porque se han figu-

(1) Estas tribus, conocidas con el nombre de *Nahuatlacas*, llegaron al reino chichimeca mucho antes que los mexicanos; y despues favorecidos por Jolotl, establecieron sus poblaciones en las cercanías de las lagunas de México, de donde proviene el nombre de *nahuatlacas* que significa *cercanos á la laguna*. Estas tribus han sido clasificadas en la historia con los nombres de *sochimilcos*, *chalqueños*, *tapanecos*, *colhuís*, *tlahuícas* y *tlazcaltecas*.

rado ver en las ruinas de un gran edificio encontrado en dicho lugar, la industriosa mano de la familia azteca. Hasta entonces habian viajado juntas las siete tribus de *Nahuatlacas*; pero á consecuencia sin duda de alguna discordia, se dividieron allí los aztecas de las otras seis familias, y pasando éstas camino adelante, aquellas permanecieron nueve años en Chicomoztoc bajo la proteccion de su fabuloso ídolo.

En seguida, dirigiéndose hácia el mediodia por Ameca, Cucula y Zayula, llegaron á la provincia marítima de Colima, y algunos dias despues á Zacatula; de este punto, tomando otra vez por el Oriente, tocaron en Malinalco, á las inmediaciones de los montes que circundan el valle de Toluca, y el año de 1196 establecieron su residencia en la célebre ciudad de Tula, capital de la nacion tolteca. Durante el viaje de Chicomoztoc á esta última ciudad, la familia azteca se dividió en dos facciones, que se acarrearon en lo sucesivo mútuos y gravísimos daños; pero el interés supersticioso de la proteccion de su ídolo, les hizo permanecer unidos en medio de sus discordias. Los aztecas rodearon en su peregrinacion mas de trescientas leguas inútilmente; porque siendo su único objeto buscar un lugar cómodo para establecer su residencia, caminaron por mucho tiempo sin destino cierto.

En Tula y sus inmediaciones vivieron por espacio de veinte años: hasta que deseosos de mejorar de situacion, penetraron en 1216 en la famosa ciudad de Zumpango, edificada en el valle de México, donde su señor Tochpanecatl los acogió con singulares muestras de benevolencia y humanidad. Los aztecas, á solicitud del jefe de la ciudad hospitalaria, dieron en matrimonio la doncella Tlapacantzín á Ilhuicatl, su hijo primogénito: tronco de donde descendió la série sucesiva de los monarcas mexicanos.

Habiendo permanecido siete años en Zumpango, salieron en 1223 para una ciudad inmediata nombrada Tizayúcan, donde la jóven Tlapacantzín dió á luz un hijo que se llamó Huitzilihuitl: en este tiempo contrajo matrimonio otra doncella mexicana con el señor de Quautitlan. Este sistema de alianza era muy comun entre las primitivas naciones de Anáhuac. De Tizayúcan pasaron sucesivamente á Tolpetlac y Tepeyacac, en cuyo cerro está situado hoy el Santuario de la Virgen de Guadalupe.

Ya en este tiempo se hallaban establecidas á orillas de las lagunas las otras seis familias *nahuatlacas*. Los aztecas permanecieron en Tepeyacac veinte y dos años; y aunque el rey chichimeca Jolotl luego que supo su llegada á este pais, les habia permitido establecerse con libertad en sus dominios, al sentirse ellos molestados con frecuencia por uno de los señores feudales, encontraron refugio en el cerro de Chapultepec, en el año de 1245, durante el reinado de Nopaltzin. En el largo periodo de diez y siete años que vivieron en él, no trascurrió un dia sin que sufriesen persecuciones de mu-

chos señores de los lugares circunvecinos: hasta que en 1262 se resolvieron á abandonarlo, desde donde pasaron á Acocolco, que se componia de algunas isletas situadas en el extremo meridional de la laguna de Tezcoco. Su vida durante cincuenta y dos años estuvo sujeta á las mayores miserias; pues además de sus pobrísimas cabañas y vestidos silvestres, necesitaron mantenerse con pescados, insectos y raíces de la laguna.

Otra suerte mas triste les aguardaba. El régulo de Colhuacan, procedente de una de las familias *nahuatlacas*, bien fuera porque los aztecas no quisiesen pagarle tributos, ó bien porque temiese su engrandecimiento en el seno de sus dominios, los sacó engañosamente de Acocolco en 1314, los sorprendió y venció en el camino, conduciéndolos luego en calidad de esclavos á Tizapan, cuyo lugar pertenecía entonces á su Estado. Pasados algunos años de humillante esclavitud, un casual acontecimiento vino á ofrecerles medios para libertarse de ella. Los colhuis, despues de haber sido vencidos en cien combates por sus vecinos los sochimilcos que les declararon encendida guerra, se vieron en la precision de dar armas al pueblo esclavituado, para que los defendiesen contra el valor de sus enemigos. Los aztecas que vieron en ésta una ocasion la mas favorable para atraerse la voluntad de su señor, salieron á campaña llenos de esperanzas, combatieron al lado de los colhuis con el mayor ardimiento y bizarría, y consiguieron arrancar los laureles de las pasadas victorias á los sochimilcos, que no solo abandonaron el campo y la ciudad á sus contrarios, sino que perseguidos en la fuga se encerraron en lo mas profundo de la Sierra. Al concluirse esta gloriosa accion, los soldados colhuis presentaron al general los prisioneros de cada uno, cuyo trofeo servia para estimar entre ellos el valor del ejército, aun mas que los enemigos muertos en el campo de batalla. Cuando llegó su vez á los aztecas, que tuvieron cuidado de ocultar cuatro prisioneros hechos en el combate, el general los trató de cobardes y los llenó de improperios en presencia del ejército. Entonces ellos, mostrando muchas bolsas llenas de orejas, que habian cortado á los enemigos vencidos por no detenerse en la victoria, le dijeron: „Inferid por el número de estos despojos, el de los prisioneros que hubiéramos podido hacer, si hubiéramos querido; pero no nos ha parecido bien perder el tiempo en atarlos, y hemos preferido acelerar la victoria.“ La astucia y valor de los aztecas infundió terror pánico en el ánimo de sus señores.

Restituídos al lugar de su residencia, que se cree haber sido en esa época Huitzilopchco (Churubusco), erijieron un altar á su dios protector en accion de gracias; y como deseasen ofrecerle en sacrificio algun objeto notable por su preciosidad, creyeron conveniente pedirlo á su señor. Este con el objeto de manifestarles su desprecio, les envió un pájaro muerto y ciertas asquerosas inmundicias dentro de un saco súcio, que los sacerdotes colhuis tuvieron la osadía de

colocar encima del altar. Los aztecas sintieron hervir la sangre en sus venas; pero reservando la satisfaccion del agravio para mejores tiempos, pusieron sobre el altar un enchillo de *iztli* y una yerva olorosa; pero llegado el dia de la solemne dedicacion, á la que asistió el régulo de Colhuacan con su nobleza, despues que hubieron celebrado la fiesta con bailes y otros regocijos públicos, sacrificaron sobre una piedra los cuatro prisioneros sochimilcos, sacándoles con el enchillo los corazones palpitantes para ofrecerlos á su sangriento dios Huitzilopochtli.

Este cruel sacrificio, el primero de que nos habla la historia mexicana, llenó de tanto horror al gefe y nobles de Colhuacan, que cuando estuvieron de vuelta en el lugar de su residencia, determinaron deshacerse inmediatamente de una familia tan perniciosa á las costumbres del Estado. Los aztecas, restituidos de tal modo á su libertad, salieron por expresa orden del territorio de los colhuis; estuvieron poco tiempo establecidos en Acatzitzintlan (Mexicaltzingo); pasaron despues á Itzacaleo, donde celebraron en una noche con bailes y acciones de gracias su victoria sobre los sochimilcos y reciente libertad; y últimamente se fijaron en un lugar del anchuroso lago, donde habiendo encontrado una águila trepada sobre un nopal ó tuna, le pusieron por nombre Tenochtitlan, el cual se dió despues á la capital y todo el pais.

Este miserable sitio, que se componia de varias isletas dentro de la laguna, fué el principio de un vasto y temible imperio. Despues que los aztecas hubieron tomado posesion de él, fabricaron una cabaña á su nimen tutelar Huitzilopochtli, cuyo santuario le dedicaron con el sacrificio de un colhuis, á quien habian hecho prisionero en venganza de los agravios de su nacion. En torno de este santuario levantaron pobres chozas para su habitacion, no sin prepararse en medio de su triste aislamiento á sobrellevar las mismas miserias que en Acocolco. Para hacerlas menos penosas terraplenaron la corta distancia de una isleta á otra; se dedicaron á la pesca y la caza; establecieron comercio con los lugares vecinos para adquirir en cambio piedra, madera y el necesario sustento; y formaron, de un tegido de mimbres relleno con fango de la laguna, unos campos ó huertos flotantes para sembrar en ellos maiz, pimienta, chia, frijol y calabazas: huertos que aún son conocidos con el nombre de chinampas. Estas semillas constituyeron el único alimento de los habitantes de Tenochtitlan (llamada tambien México), durante los trece primeros años de su fundacion, que tuvo efecto en 1325.

Techotlalla, quinto rey chichimeca de Acolhuacan: division de la familia azteca: sacrificio inhumano. (1338). Quinatzin, cuarto rey de los chichimecas, aunque fué molestado algunos años por las continuas alteraciones del pais, segun hemos dicho anteriormente, logró al fin restablecer la tranquilidad pública en el resto de sus dias. Murió á los sesenta años de reinado, y sus vasallos le hicie-

ron los honores fúnebres con un lujo desconocido hasta entonces en el reino. Su cadáver, quitadas las entrañas, fué embalsamado con una composición aromática, y permaneció intacto por el espacio de cuarenta días á la expectacion pública, sentado en una gran silla, vestido con los trages reales, armado de arco y flechas, con un águila de madera á sus piés y un tigre detrás. Quemado el cadáver, sus cenizas quedaron depositadas en una cueva de las inmediaciones de Tezcoco.

Le sucedió en el trono su hijo Techotlalla, que por la fusion establecida entre chichimecas y acolhuís, tomó el nombre de rey de Acolhuacan, cuya corte se habia fijado al principio del anterior reinado en la ciudad de Tezcoco. La ciudad de México no le infundia por entonces temor alguno: era una miserable cabaña levantada al lado de un palacio régio.

Los mexicanos, á pesar de su antigua division en dos facciones, vivieron unidos hasta 1338; pero no pudiendo resistir en esta época el espíritu de discordia entre sí, una parte de la tribu se estableció en una isleta inmediata, que despues de terraplénada tomó el nombre de Tlatelolco, y sus habitantes se llamaron *tlatelolcas*. Poco despues de este acontecimiento, los mexicanos dividieron su corta ciudad en cuatro partes, que son las mismas que se conocen hoy en la moderna México con los nombres de cuarteles de San Pablo, San Sebastian, San Juan y Santa María. En medio de todos estaba situado el templo de Huitzilopochtli.

A este fabuloso número se ofrecian cada dia nuevos y horrorosos sacrificios. En honor suyo se hizo por este tiempo la crueldad mayor que pueda concebir la mente humana. Enviaron una embajada al régulo de Colhuacan, pidiéndole una de sus hijas para consagrarla como madre de su gran dios, porque éste se lo exijia como un mandato. El régulo, bien fuera por orgullo ó bien por temor religioso, entregó á los embajadores la noble doncella, que fué inmediatamente conducida á la ciudad de México. Fingiendo los sacerdotes aztecas que querian obsequiar la voluntad de su dios, la sacrificaron sobre la sangrienta piedra, desollaron su cadáver y vistieron con la piel á uno de los principales jóvenes del país. No paró en esto. Convidado el infeliz padre á la solemne funcion de la apoteosis de la doncella, no pudo menos de experimentar indefinible dolor, cuando advinó en el joven vestido la triste historia de su infortunada hija. Se retiró casi demente á sus estados, donde fué á terminar sus dias en medio de la mas viva amargura. Desde entonces quedó constituida en diosa la infeliz hija con el nombre de Teotocinan, que significa madre de todos los dioses.

Principio de la monarquía mexicana: Acamapichtzin, primer rey. (1352). Los mexicanos no habian podido salir del estado de humillacion en que se hallaban: su gobierno aristocrático, regido por veinte personas notables por su nacimiento y sabiduría, en vano

habia hecho esfuerzos para librar la nacion de la rapacidad extranjera. Estas circunstancias les obligaron á erigir su pequeño Estado en monarquía, fundados en que la autoridad del trono no solo haria menos complicado el sistema administrativo del país, sino que tambien lo defenderia con las armas, de sus constantes enemigos. Era preciso fijar la mirada en un gefe tan político como guerrero: en efecto, la eleccion recayó en Acamapichtzin, príncipe descendiente de un noble azteca que casó con una doncella de la casa real de Colhuacan, en la época del envilecimiento de su país. No se sabe si esta eleccion fué obra de la expresa voluntad del pueblo, ó si se debió á los sufragios de una junta particular. El rey contrajo matrimonio con una hija del señor de Coatlican, que condescendió en el establecimiento de dicha alianza con la nacion azteca, habiendo sido ésta desairada al efecto por el rey de Atzapuzalco y el señor de Tacuba, quienes trataron de ofender su naciente orgullo con dicha negativa.

Quaquahpitzahua, primer rey de Tlatelolco: los tepanecas imponen nuevos tributos á los mexicanos. (1353). Los tlatelolcos, á imitacion de sus hermanos y vecinos, determinaron elegir rey para no ser algun dia oprimidos por el naciente poder de ellos; pero en vez de elevarlo del seno mismo de su nacion, creyeron conveniente solicitarlo del rey de Atzapuzalco, á cuyo país pagaban tributos tanto Tlatelolco como México. El rey de los tepanecas les dió por monarca á su hijo Quaquahpitzahua, que lisongeado por el espíritu servil de sus vasallos, concibió la idea de perjudicar los intereses públicos de México.

Instigado el rey de Atzapuzalco por su hijo y sus vasallos, reunió á los consejeros para representarles la insolencia de los mexicanos en haber elegido rey sin su permiso, y les consultó lo conveniente que seria aumentarles, como justo castigo, los tributos que anualmente pagaban al país, hasta que al fin se viesen obligados á salir de sus dominios. Así se ejecutó; pero los mexicanos, sin embargo del impolítico aumento de las pensiones en cada año, y de las caprichosas y casi imposibles exigencias del monarca tepaneca, sufrieron con resignacion por el espacio de cincuenta años este pesado y tiránico yugo; porque el gefe del Estado no creyó sus fuerzas á propósito para hacer frente á los opresores del país.

Socorros prestados por los mexicanos al rey de Acolhuacan. (1368). En los treinta primeros años del reinado de Techotlalla no hubo en el país de Acolhuacan alteracion alguna; pero habiéndose insurreccionado despues contra la corona el señor de Jaltocan, descendiente de uno de los tres príncipes acolhuís que llegaron á Anáhuac en los tiempos de Jolotl, el rey llamó en su auxilio á los tepanecas y mexicanos; porque el príncipe rebelde habia formado alianza con los Estados de Otumba, Meztitlan, Quahuacan, Tecomic, Huahutitlan y Tepozotlan, cuyas fuerzas reunidas amenazaban la